

Homilía del 2 de Julio de 2017

En esta homilía de hoy voy a dirigir nuestra atención a la primera parte de la lectura del Evangelio, porque esta lectura, si pensamos en términos de nuestra propia familia, puede sonar estremecedora. En efecto hemos oído a Jesús decir, «El que ama [cualquiera persona] más que a mí, no es digno de mí.» Aquellos de nosotros que estamos dispuestos a ir sin descanso y sueño o alimentos o albergue o medicación para nosotros mismos por el bien de aquellos que amamos podemos encontrar esa declaración difícil de entender. Por supuesto, no puedo saber si una persona ama a el padre o la madre o los hijos o cónyuge más que ama a Dios. Sin embargo yo puedo decir que algunas personas abandonan su fe Católica sin ningún compromiso público a otra fe, o a Dios. Mientras estaba meditando sobre esta lectura, pensé en las personas que he conocido bien que hicieron tal elección.

Una tal persona es la madre de una mujer, quien encontré cuando ella estaba en sus treinta o cuarentas. Voy a llamar a esta persona Ana, y he cambiado algunos de los detalles de su vida. La conocí cuando ella vino a Santa Cecilia, interesada en convertirse en una cristiana católica. Nos dijo que estaba divorciada de su marido y que era una alcohólica. Vino a nosotros en Santa Cecilia porque recordaba que su madre le había enseñado sobre Dios y sobre Jesús. Su madre había sido criada católica, pero su padre había obligado a su madre a elegir entre él y su fe Católica. Su madre decidió casarse con su padre. Tuvieron hijos entre los cuales eran Ana y su hermano. El padre de Ana murió cuando ella y su hermano estaban en su adolescencia tardía. Su hermano se involucró con las drogas y se suicidó. Ana se casó con el hijo de un vecino; vino a Iowa State con su marido, quien era un estudiante de primer año. En Iowa State la pareja hizo amistad con un grupo que estaba involucrado en las drogas y el alcohol. Un año o más pasaron, y Ana dio a luz a un bebé. Poco tiempo después del nacimiento de su hija, su marido comenzó a tratar de persuadirla a acompañarle en intercambio de compañeros sexuales con algunos de sus amigos. Ana tomó a su hija y dejó a su marido y se salió del matrimonio, pero comenzó a beber alcohol para entumecer el dolor de sus memorias. Conoció y se casó con su segundo marido, quien era un estudiante a tiempo parcial. Tanto Ana como él eran bebedores y él tomaba drogas. Cuando aprendió que él tenía relaciones sexuales con otra mujer, otra vez ella tomó a su hija y se salió del matrimonio. Como ella le dijo a algunos de nosotros, «Supongo que yo tuve que tocar el fondo antes de poder ayudarme a mí misma y a mi hija.

Pensé en la madre de Ana y el resultado de su elección mientras yo meditaba en las escrituras de hoy. Esta lectura que nos dice que debemos amar a Jesús o amar a Dios sobre todos los otros no nos dice cualquiera cosa nueva. Encontramos en el libro de Deuteronomio una elaboración del primer mandamiento que Dios le dio a

Moisés: «Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (Deuteronomio 6:4-5)

Este pasaje [una expansión del primer mandamiento (5:6-10)] contiene el básico principio de la entera ley Mosaica, la idea central del libro de Deuteronomio: ya que el Señor sólo es Dios, debemos amarlo con un corazón indiviso. Cristo citó estas palabras como «el precepto más importante», abarcando en sí mismo la entera ley de Dios (Mt. 22:38; Mk 12:29-30; Lk 10:27).¹

En el Evangelio según San Mateo, encontramos esta respuesta de Jesús a un doctor de la ley:

—Maestro, ¿cuál es el precepto más importante en la ley?

Jesús le respondió:

—*Amarás al Señor tu Dios
con todo tu corazón,
con toda tu alma,
y con toda tu mente.*

Éste es el precepto más importante
(San Mateo:36-38).

Cuando oímos estas palabras sin pensar en su aplicación a nosotros y a nuestra familia, no tenemos ningún problema, pero cuando vemos una comparación y pensamos en términos de nosotros mismos y de nuestra familia, las palabras pueden sentirse como un cuchillo. Que esto sea verdad quizás nos ayuda a entender el significado de las palabras en el libro de Hebreos en el Nuevo Testamento: «Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que espada de dos filos; penetra hasta la separación de alma y espíritu, articulaciones y médula, y discierne sentimientos y pensamientos del corazón» (4:12).

Esta historia de una mujer que abandonó su fe con el fin de casarse con el hombre que fue a ser su marido no es la única historia de este tipo. Yo no estoy diciendo, sin embargo, que Dios castigará a una persona que abandona a la fe Católica; tampoco estoy diciendo que Dios estaba castigando a esta mujer porque ella lo hizo. Estoy diciendo que decisiones tienen consecuencias.

Como el Padre Jim Secora, párroco de Santa Cecilia, escribió,

¹ Mi traducción.

Homilía del 2 de Julio de 2017

Jesús **no** está literalmente mandándonos a que abandonemos las relaciones familiares. Pero sí, él nos está advirtiéndolo que a veces la familia u otras relaciones pueden interponerse en el camino de poder seguirlo a él con un cometido corazón completo. De ser así el caso, entonces debemos decidir dónde está nuestro amor primario, la lealtad, de seguir las mentiras, y, si es necesario ser capaz de sacrificar relaciones, aunque sean las más cercanas a nosotros por el bien del Evangelio y, del Reino de Dios que Jesús vino a traérnoslos.²

Ana se hizo una cristiana católica y le pidió a su madre que la acompañara a la santa misa. Desde hacía algún tiempo su madre negó hacerlo. ¿Estaba ella enojada con Dios debido a la muerte de su marido e hijo y el dolor y sufrimiento de su hija? ¿Se sintió culpable? No sé y no puedo saber, pero yo sí sé que, no importa lo que hacemos o lo que elegimos, Dios siempre nos da la bienvenida nuevamente. Finalmente, la madre de Ana accedió a regresar a la Iglesia murió como una Católica devota. Que nosotros nos fijemos en nuestras propias elecciones y que nosotros elijamos el amor de Dios sobre todas otras cosas y todas otras personas.

² Traducción de Mercedes Silva de la homilía del 2 de Julio de 2017.